



Frontispicio de "L'Europe Nouvelle". Xilografía de Paul-Emile Colin.

Ginebra 1927

Desde la cúpula de *Santa María del Fiore* hasta el *Chicago Tribune*: muchos concursos de arquitectura serían etapas decisivas en una historia del trabajo intelectual. El del palacio de la Sociedad de Naciones de Ginebra de 1927 es uno de los tiempos fuertes del discurrir de la arquitectura. Debe ser repasado si se pretende desmadejar algunos entresijos de los iniciales balbuceos acerca de lo que algunos académicos llaman arquitectura contemporánea o, incluso, los más listos, arquitectura moderna. Una mónada, en términos benjaminianos. Momento importante, acontecimiento, no crucial ni exclusivo. No determinante y a la vez, con otros, imprescindible.

Desde que sabemos que vanguardia y modernidad son enunciados contrapuestos, y conscientes de que se nos quiso hacer creer que el proyecto moderno había terminado, es decir, cuando "intentaron" sumergirnos en un tiempo en el que había que acabar con la historia decretando su muerte, parece urgente buscar "la presencia del tiempo escondido bajo las ruinas"

Conocemos las sucesivas interpretaciones que "explican" dicho concurso y gracias a ellas tenemos un cuerpo denso de historiografía con el que medirnos. Constituyen una obra no terminada sobre la que hay que volver a pasar. Máxime si tenemos en cuenta que la última de ellas (Curtis, 1986) exhibe argumentos trasnochados y los peores tópicos al insistir ¡aún! en el martiriología de Le Corbusier.

Es precisamente en tiempo de las primeras revisiones contra el "dogmatismo" del *International Style* cuando la crítica giró los ojos hacia el concurso frente al que decidimos -febrilmente- desplegarlos.

Después del estudio compositivo que del proyecto de Le Corbusier construye Colin Rowe (1963), un texto de John Ritter (*Architectural Record*, julio, 1964) impide seguir con la oposición entre Le Corbusier y los arquitectos Beaux-Arts, como antinomia desde la que interpretar el concurso. Ritter prefiere confrontar el amplio abanico de propuestas que compitieron; en ellas se evidencia tanto la complejidad y la pluralidad de las ideologías arquitectónicas en la convulsa Europa de entreguerras, como las dificultades de un jurado incapaz de decidir ante aquella babel de lenguajes y las exigencias de una institución sospechosa desde su propia gestación.

Poco más tarde, Kenneth Frampton (*Architectural Design*, marzo, 1968) desvía la polémica hacia dos modernidades aparentemente enfrentadas al encarar los proyectos de Le Corbusier y de Hannes Meyer. Sin salirse de los límites estrictos que ambos contendientes enunciaron, es decir, mostrando una predispuesta confianza en el curso de las cosas, y repitiendo al dictado esquematismos historiográficos al enfrentar "humanismo" y "funcionalismo", el crítico inglés refuerza el edificio de una historiografía operativa: por aquellos tiempos había que tomar partido entre la utopía de algunos y la conciencia del pasado de otros.

No es hasta 1979 cuando aparece la primera monografía larga y documentada del concurso, esta vez de la mano de dos autores italianos: C.L. Anzivino y E. Godoli. En ella podemos encontrar, además de una ampliación del debate que suscitó Frampton desarrollada con un nuevo y sugerente sentido, la voluntad de que éste sea inserido en el seno de las numerosas polémicas paralelas que envolvieron el concurso y en las cuales comenzamos a adivinar algunas pistas que motivan la insatisfacción respecto a lo que del mismo sabíamos.

El camino hacia un análisis micrológico está servido. Lo intentaron inicialmente J. Gubler y R. Quincerot (*Parametro*, octubre, 1985) al desmenuzar pacientemente las protestas de Le Corbusier midiendo con ello los primeros alcances de su solución y actitud sin caer en los tópicos al uso.

Hemos decidido invitar las sombras del pasado de nuevo a la mesa. Haciéndolo pretendemos estar en el banquete junto con todos los que sienten que el acto que sigue al relumbrar del peligro del que alerta Benjamin es la condición de una existencia que no se quiere vacía. A los demás les sobra material para seguir asombrándose de que lo que sucede es inevitable.